

» aspiraban á la posición de Orang-Tua. Eligióse al más anciano, lo que afligió mucho al otro, pero éste no tardó en manifestar su satisfacción por la elección hecha por el pueblo, y dijo á Mr. Bik, que estaba allí en calidad de comisario: «¿Qué razón tengo yo para estar triste? Que sea ó no Orang-Tua, no por ello dejo de conservar los medios de auxiliar á mis compatriotas.» Muchos ancianos fueron de la misma opinión, aparentemente para consolarle. El único empleo que un arafura da á sus riquezas, es el de dedicarlas á allanar dificultades (1).»

Estos elementos de superioridad en las relaciones sociales entre las tribus que viven en una paz permanente, entrañan una superioridad en las relaciones domésticas. Como ya manifesté, si la condición legal de las mujeres es de ordinario muy inferior en las tribus dedicadas á la guerra y en las sociedades belicosas más avanzadas, es muy elevada en estas sociedades pacíficas primitivas. Los Bodos y los Dhimals, los Kocchs, los Santals y los Lepchas, son monógamos como lo eran los Pueblos; con la monogamia hay entre ellos una moralidad sexual superior. Entre los Lepchas, dice Hooker, «las mujeres son generalmente castas, y la fidelidad conyugal se respeta rigurosamente (2).» Entre los Santals «no se conoce la deshonestidad,» y «el divorcio es raro (3).» Los Bodos y los Dhimals no toleran ni la poligamia, ni el concubinato, ni el adulterio. «Se aprecia la castidad entre el hombre y la mujer casados ó no (4).» Conviene notar aun que en estos pueblos la conducta de las mujeres es buena en sumo grado. «El santal trata á las mujeres de su familia con respeto (5).» Los Bodos y los Dhimals manifiestan «á sus mujeres y á sus hijas confianza y bondad; éstas no están sujetas á ninguna clase de trabajo fuera de su casa (6).» También entre los Todas, aunque sus relaciones sexuales sean degradadas, «los maridos tratan con respeto y consideración á sus mujeres (7).» Además, sabemos que en muchas de estas pacíficas tribus, la condición legal de los hijos es superior; en la manera de tratar á sus hijos y á sus hijas, no se vé entre ellos ninguna de las diferencias que caracterizan á los pueblos militares.

(1) Kolffe. *Voyage du Omega*. 168.

(2) Hooker. *Himalayan Journals*. I, 132.

(3) Hunter. *Annals etc.* 208.

(4) Hodgson. *J. A. S. B.* XVIII, 707.

(5) Hunter. *loc. cit.*, 217.

(6) Hodgson. *Essays*. I, 150.

(7) *Journal of Ethnological Society*. VII, 241.

Dicho se está que cuando volvemos á las naciones civilizadas para observar en ellas la forma de carácter individual propia del tipo social industrial, tropezamos con una dificultad, y es, que los rasgos personales propios del industrialismo, están, como los rasgos sociales, mezclados con los que son propios del militarismo. Así se vé ello en Inglaterra. Una nación que de vez en cuando está empeñada en guerras formales y que no deja de sostener pequeñas guerras contra tribus salvajes, una nación en la que el poder en el parlamento y en la prensa pertenece principalmente á hombres cuya educación escolar acostumbra durante seis días de la semana á tomar por un héroe á Aquiles, y á pasar el séptimo admirando á Jesucristo; una nación donde en los banquetes oficiales se brinda por el ejército y la marina antes de brindar por los cuerpos legislativos, esta nación no está tan desprendida del militarismo que pueda esperarse reconocer claramente en ella, ni las instituciones ni el carácter personal propios del industrialismo. Los miembros de esta nación no llegan al nivel de los pueblos incivilizados pero pacíficos que hemos citado, si se les compara con éstos bajo el punto de vista de la honradez, de la veracidad y de la humanidad. Todo cuanto en nuestras conjeturas podemos hacer, es hacer constar un progreso hácia los caracteres morales propios de un estado que las hostilidades internacionales ya no turban.

En primer lugar con el progreso en el régimen del contrato ha crecido la independencia. El cambio diario de servicios por convenio, implicando á un mismo tiempo la afirmación de los derechos personales y el respeto á los derechos ajenos, ha sido favorecido por el desarrollo de la autonomía personal, y por consiguiente, de la resistencia á una autoridad no consentida. La palabra independencia en su moderna significación, no se usaba en Inglaterra antes de la mitad del siglo último. En el continente, la independencia está ménos marcada que en Inglaterra actualmente. Estos dos hechos dan lugar á creer que existe una relación entre este rasgo de carácter y el desarrollo del industrialismo. Se la reconoce en la extraordinaria multiplicidad de las sectas religiosas, en las divisiones de los partidos políticos, y en una esfera más reducida, en la ausencia de *escuelas* de arte, filosofía, etc., este resultado de la sumisión de los discípulos á su maestro que se reconoce aun en el continente. Creo que no se negará que en Inglaterra los hombres se muestran más celosos de su independencia que fuera de ella, y por lo tanto, más resueltos á obrar como estiman conveniente.

La disminución de subordinación á la autoridad, reverso de esta independencia, supone naturalmente la disminución de la fidelidad política. La adora-

ción al monarca no alcanzó nunca en Inglaterra la altura á que llegó en Francia en el siglo último, ó en Rusia hasta una época reciente; pero se ha cambiado en un respeto que en gran parte depende del carácter personal del monarca. No se usan ya en nuestro tiempo las expresiones de extremado servilismo que empleó el clero en la dedicatoria de la Biblia al rey Jacobo, ni ninguna de las adulaciones exageradas que la Cámara de los Lores dirigía á Jorge III. La doctrina del derecho divino ha muerto desde ha mucho tiempo; ya no se cita sino en calidad de curiosidad arqueológica la creencia en un poder sobrenatural inmanente que se revelaba por ejemplo en la usanza de tocar los lamparones el rey, etc. Ya no se defiende la institución monárquica sino por razones de utilidad. La decadencia del sentimiento que bajo el régimen militar une el súbdito al soberano, es tan grande, que hoy día se manifiesta la convicción de que si el trono hubiera de ser ocupado por un Carlos II, ó un Jorge IV, el país preferiría la república. Este cambio de sentimiento se manifiesta en la actitud de los ciudadanos para con el gobierno en general. En efecto; no solo hay muchos que niegan la autoridad del Estado sobre cuestiones religiosas y otras muchas, sino que también los hay que oponen una resistencia pasiva á lo que llaman ellos un abuso de autoridad, y sufren mejor la multa ó la prisión antes que someterse.

Este último hecho da motivo para suponer que la decadencia de la fidelidad política va unida á la de la fé, no solo en los monarcas, sino en los gobiernos. La creencia en la omnipotencia real profesada por los pueblos del antiguo Egipto, quienes suponían que el poder de su príncipe se extendía al mundo entero, lo cual se admite todavía en China, no tuvo en Occidente semejante. No obstante, entre las naciones europeas de la antigüedad, la confianza en el rey soldado, elemento esencial del tipo militar, se revelaba de otro modo por exageradas ideas de su poder para satisfacer agravios, realizar ventajas, y disponer las cosas á su gusto. Si comparamos la opinión que reina actualmente entre nosotros con la de los primeros tiempos, vemos la decadencia de las esperanzas fundadas en la credulidad. Aunque durante el movimiento retrógrado al militarismo se haya reclamado el poder del Estado para diferentes proyectos, y haya visto aumentarse la fé en el Estado, no es por ello ménos cierto que hasta el principio de esta reacción se había producido un gran cambio en este sentido. Después de desechada la creencia impuesta por el Estado, se le negó la capacidad para determinar la verdad religiosa, y se esforzó cada vez más en despojarle de la misión de la enseñanza religiosa, considerada igualmente como inútil y perjudicial. Desde hace mucho tiempo, ha dejado de enseñarse que el gobierno pu-

diera hacer bien alguno al reglamentar las subsistencias del pueblo, su traje y sus hábitos domésticos. No creemos ya que haya ningún beneficio en reglamentar por medio de leyes los innumerables métodos usados por los productores y distribuidores, es decir, los actos que componen la parte más considerable de nuestra actividad social. Además, cada periódico, con sus críticas de los actos del ministerio y de la conducta de la Cámara de los Comunes, lleva consigo la disminución de la fé de los ciudadanos en sus jefes. En Inglaterra no es solo con las diferencias entre el pasado y el presente con las que puede demostrarse este carácter de un estado industrial más avanzado. Se le observa en diferencias análogas que existen entre la opinión en Inglaterra y la opinión en el continente. Las teorías de los reformadores socialistas en Francia y Alemania prueban que la esperanza de beneficios realizables por medio de la acción del Estado, es en estos dos países más fuerte que en Inglaterra.

Con la decadencia de la fidelidad política y la de la fé en la virtud de los gobernantes, va unida también la del patriotismo en su forma primitiva. La ambición de combatir «por el rey y la patria» solo ocupa hoy día un pequeño espacio en el espíritu de los hombres; si aun hay entre nosotros una mayoría cuyo sentimiento se expresa bien con la exclamación «¡sobre todo el país!» hay muchos que quieren el bien de la humanidad en general hasta el punto de subordinar á él su amor al prestigio nacional, y de no admitir el sacrificio del primero al segundo. El espíritu crítico que lleva muchas veces á los Ingleses á hacer comparaciones desfavorables entre ellos y sus vecinos del continente, les lleva más que nunca á reprocharse su mal proceder para con pueblos más débiles. Las numerosas y enérgicas protestas suscitadas por el comportamiento del gobierno inglés respecto á los Afghanos, los Zulús y los Boers, manifiestan la intensidad del sentimiento llamado anti-patriótico.

La adaptación del carácter del individuo á las necesidades sociales, adaptación que en el estado militante lleva al hombre á glorificarse con la guerra y á desdenar las ocupaciones pacíficas, produjo en parte entre los ingleses una disposición inversa de sentimientos. La carrera militar no ha sido ya tan honrada y las profesiones civiles lo han sido más. Durante cuarenta años de paz, el sentimiento popular ha venido expresándose en términos despreciativos acerca de la carrera militar; se opinaba que los enganchados voluntarios, eran generalmente los perezosos y libertinos que ponían con esto el sello á su deshonra. Del mismo modo en América, antes de su última guerra civil, las pequeñas reuniones y los mezquinos ejercicios militares que se verificaban de vez en cuando, eran objeto de risa para todos. Al mismo tiempo se vió que el trabajo manual así como

el del espíritu, útiles á uno mismo y á los demás, no solo se hacian honrosos, sino que en gran parte se imponian. En América, los malévolos comentarios á que se expone el hombre que nada hace, le obligan á dedicarse á alguna ocupacion seria, y en Inglaterra, el respeto á la vida industrial se eleva á tanto, que se ve á muchos hombres de muy elevada categoría dedicar á sus hijos á los negocios.

Mientras que la cooperacion obligatoria propia del militarismo proscribire ó desalienta la iniciativa individual, la cooperacion voluntaria que distingue al industrialismo la da libre curso y la permite ensancharse dejando que el espíritu de empresa produzca sus beneficios normales. Las personas que tienen éxito merced á la originalidad de sus ideas y de sus actos, prosperan y se multiplican mucho más que las otras, y con el transcurso del tiempo producen un tipo general de carácter que dispone á nuevas empresas. La tendencia de los ingleses y americanos á la especulación y el alcance que saben dar á sus empresas, así en el interior como en el exterior, bastan á señalar este rasgo del carácter industrial. Verdad es que á consecuencia de la considerable reduccion experimentada por el militarismo en el continente, el espíritu de empresa ha ganado mucho en él; pero en muchas ciudades de Francia y Alemania, han establecido las compañías inglesas el gas y el agua, al paso que pocas cosas de esta índole han hecho en Inglaterra las compañías extranjeras, esto obliga á reconocer que el ingles modificado en el sentido industrial, tiene una iniciativa industrial más marcada.

Existen pruebas de que la decadencia de las hostilidades internacionales asociada con la decadencia de las hostilidades entre familias y entre individuos va unida también á la debilidad de sentimientos de venganza. Esto puede pensarse al ver en Inglaterra cesar primeramente las más graves de estas guerras privadas dejando tan solo subsistir las menos serias en forma de duelo que han terminado á su vez. En efecto, la desaparicion del duelo coincide con el reciente desarrollo de la vida industrial, y en las sociedades francesa y alemana, más militares, esta costumbre no ha desaparecido aun. La autoridad de la ley del talion ha decaido tanto en Inglaterra que, más bien se reprueba que se loa al hombre de cuyos actos se sabe tienen por objeto el deseo de vengarse de otro que le ha ofendido.

Con el decrecimiento de las inclinaciones agresivas reveladas por los actos de violencia y los que son consecuencia de estos, las represalias, va unido el decrecimiento de las inclinaciones agresivas que se revelan en los actos criminales en general. Cualquiera que conozca la historia del crimen en Inglaterra

no puede dudar que este cambio sea un accesorio del cambio de un estado más militar á otro más industrial. «La íntima relacion existente, nos dice Mr. Pike en su obra acerca de este propósito, entre el espíritu militar y los actos que hoy se apellidan crímenes, se ha revelado muchas veces en el transcurso de la historia de Inglaterra.» Si comparamos un pasado durante el cual los efectos de las ocupaciones marciales estaban mucho menos restringidas por los de las ocupaciones pacíficas de lo que lo están ahora, vemos una diferencia muy marcada bajo el punto de vista del número y clase de los atentados contra las personas y las propiedades. Ya no existen asesinos. Ya no se oye hablar de naufragadores; y los viajeros no toman ya precauciones contra los bandidos. Además, la perversidad que se revelaba en las regiones del gobierno, con la venalidad de los ministros y de los miembros del Parlamento por ejemplo, como también con la corrupcion de los jueces, ha desaparecido. Al mismo tiempo que la intensidad del crimen disminuye, aumenta la reprobacion del crimen. Ya no se ven publicar en la literatura inglesa aquellas biografías de capitanes de piratas en cuyas páginas todas resplandecía la admiracion de su valor. Casi ya no se muestra en nuestra época aquella cortesía servil hacia los «señores de los caminos reales.» Por numerosas que sean las infracciones de la ley de que enteran los periódicos á sus lectores, su número ha disminuido mucho; y si queda aun en los negocios mucha truanería, la cual principalmente se pone en juego por procedimientos indirectos, no hay más que leer los *Mercederes ingleses* de Defoe para reconocer la mejora que desde esta época se ha realizado. No debemos olvidar que el cambio de carácter, causa de la disminucion de los actos injustos ha sido también causa del crecimiento de los actos benéficos. Se ve un ejemplo de ello en las suscripciones á favor de la emancipacion de los esclavos, á favor de los heridos extranjeros, y por último, en un sinnúmero de obras filantrópicas.

Lo mismo que en el tipo militar, tres son las series de pruebas que concurren á demostrar la naturaleza fundamental del tipo industrial. Reasumamos los resultados á que hemos llegado á fin de ver la analogía que los une.

Cuando se consideran los caracteres de una sociedad organizada exclusivamente para facilitar la actividad interna con el objeto de servir del mejor modo posible al sosten de la vida de los ciudadanos, se encuentra lo siguiente: La accion corporativa que subordina los actos de los individuos uniéndolos en un esfuerzo combinado, ya no es una condicion necesaria. La accion corporativa que subsiste, tiene por objeto el preservar los actos individuales de toda